Cuentos Chilenos de Fantasía
Colectivo Literario Fantasía Austral

Cuentos Chilenos de Fantasía

Colectivo Literario Fantasía Austral

Ilustración de portada:

David Marín

http://louten.deviantart.com

Diseño de portada y diagramción interior:

Valentina Vásquez

valentina.nva@gmail.com

Eleuterio Ramírez 875, Depto. 1003, Santiago, Chile

Teléfono: (09) 76410806

www.fantasiaustral.cl

fantasiaustral@gmail.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.

Registro de Propiedad Intelectual: N° 217.442

ISBN: 978-956-351-102-4

IX

Historia de una Historia

Paula Rivera Donoso

Cuento escrito en clave infantil, que narra con agudeza las andanzas de una joven princesa poco dispuesta a asumir las grises cargas que le depara la adultez. En este relato, la metáfora, la alegoría y la fantasía se funden, en una mezcla que reflexiona acerca del sentido último de la Fantasía, y su relación con la literatura y la realidad.

Había una vez, cuando el mundo no era sino grupitos de reinos colindantes, una jovencita de quince años. Era una princesa de un reino muy bonito cuyo nombre la historia había olvidado registrar. Para evitar confusiones, llamémoslo el reino de Lyncriam. A ella, por añadidura, llamémosla simplemente Lyn.

A las jóvenes de la realeza de Lyncriam se les enseñaba mucho de etiqueta, debiendo permanecer horas ejercitándose bajo el alero de una institutriz, sin poder compartir con muchachos de su edad. De hecho, únicamente se veían en las fiestas de las familias nobles, y entonces sus interacciones eran sólo la prueba al final de un largo y tedioso proceso.

Podría decirse que un casamiento equivalía a aprobar el curso. ¿Y qué mejor certificado para las jovencitas, que unirse en matrimonio a algún joven apuesto de un reino vecino, que además fuese inteligente, acaudalado, poderoso y gentil? En realidad, la mayoría de las veces era como jugar a la lotería: a ver cuál de todas esas cualidades le tocaba a la novia de turno. Aun así, a la mayoría de las chicas les bastaba con saberse casadas e incorporadas al mundo de la nobleza adulta

para sentirse satisfechas, donde podrían ostentar lo aprendido en esos años de instrucción.

Pero el caso de Lyn era diferente. Ahora veremos por qué. Ella pertenecía a ese pequeño sector de las jovencitas que no estaban obsesionadas con el matrimonio y los buenos modales.

Todo esto era responsabilidad de su abuelo. Conocido como la oveja negra de la dinastía de los Lyncriam por sus desfachatadas ideas, su cargo de rey les impedía a sus familiares intervenir en sus decisiones. No era que no lo hubiesen intentado, de cualquier forma. Era sólo que se trataba ya de un caso perdido. Así que los padres de Lyn se conformaban con comprobar que su hija asistiese regularmente a sus clases de etiqueta. El resto, las historias del abuelo, serían siempre inofensivas mientras no las interrumpiesen. Esto hacía que la niña conociera paralelamente el mundo de la corte y el de las historias que le contaba su abuelo. Por supuesto, este último era su favorito.

¡Cuánta diferencia entre una actividad y otra! Si en las clases de costumbre llevaba cuenta mental de los minutos, con el rey perdía la noción del tiempo. El presente se apoderaba de ella si el guerrero atravesaba el laberinto encantado, haciendo y deshaciendo su camino. A veces el pasado, como cuando antiguas gestas y contiendas de nombres impronunciables hacían que Lyn viese todas las escenas en sepia. Y a veces hasta el futuro, si de improviso el relato avanzaba uno o mil años.

Cada historia era a la vez un desafío para ella. Si había un enfrentamiento con un ser cruel, ella lo odiaba tanto como los protagonistas. Si alguien perecía, sus ojos se anegaban en lágrimas. Ah, pero si conseguían

una victoria, ella estaba tanto o más alegre que aquellos que la habían conseguido.

De igual forma, si su abuelo se detenía en algún punto conflictivo —como la llegada a un calabozo o una decisión importante—, Lyn meditaba sobre el asunto. Sopesaba cada alternativa, incluso hasta el punto de interrumpir el cuento y comunicarle al relator su parecer. A veces coincidía con el del héroe y todo desembocaba en éxito, alegrándola. Pero, en otras ocasiones, se trataba de la decisión equivocada y la niña se sentía responsable por la tragedia.

Al cabo de un tiempo, Lyn comenzó a cuestionar su grado de participación en estas historias. ¿Cómo era posible que a veces pudiese anticipar lo que iba a suceder y otras veces no? ¿Sería que su abuelo modificaba los relatos para que se adaptasen a lo que ella pensaba? ¿Pero no sería eso algo parecido a un delito? ¡Oh, qué loco estaba su abuelo!

Asustada, la joven había buscado en los anales del reino la respuesta a sus dudas, sólo para descubrir que sus hechos históricos no se ceñían en absoluto a los relatos.

La espantada Lyn decidió actuar. A lo mejor no era culpa de su abuelo, pues ella sabía tan bien como todos que el pobre viejo no era muy cuerdo que digamos. Quizá sólo había deseado entretenerse un poco modificando la historia de su mundo usando como cómplice a la propia nieta, sin preocuparse por los alcances morales de esta intromisión. De modo que finalmente contó a sus padres lo sucedido para que dictasen ellos un veredicto. Después de todo, lo mejor era dejarlo en familia, sin que nadie pudiese enterarse de la supuesta gravedad del asunto. Lyn no lo podía

creer: ¡sus padres habían estallado en carcajadas! Una vez serios, le explicaron que ella era demasiado ingenua, que todas esas historias que el abuelo le había contado eran ficticias, que nunca habían sucedido en el mundo ni llegarían a suceder.

Se trataba de relatos que las personas inventaban para sí, basándose en eventos reales, para entretenerse o explicar hechos ya difusos en la memoria. Eran situaciones que existían, pero en otro mundo —uno fantástico— sin relación con aquel en donde vivían ellos. Pero como nada de lo contado en ellos era totalmente cierto, en realidad daba igual que se modificasen. De hecho, si la modificación hacía más rica la historia, pues adelante. Acaso el abuelo, motivado por el interés de su nieta, había decidido que era una buena idea dejar que ella influyese en el desarrollo de los hechos a su propio juicio. De este modo, cuando veía que estaba muy triste, iluminaba el suceso, y cuando la narración se ponía plana y predecible, creaba otra situación que le devolviese la tensión, y así. Era como un juego. Sí, el abuelo había estado jugando.

Lyn sintió un gran vacío cuando terminó de oír a sus padres. No sólo por el hecho de que, de alguna forma, su abuelo le hubiese estado mintiendo todo ese tiempo, sino también porque eso significaba que sólo existía un solo mundo: aquél en donde vivía, el de las clases de etiqueta, las institutrices, las futuras fiestas, el futuro matrimonio. Y ese mundo a la niña le parecía horrible.

Ahora, sería bueno develar un detalle que a estas alturas puede resultar bastante relevante: la joven había nacido con una salud muy frágil. Por lo mismo, sus padres habían procurado que abandonase lo menos

posible sus aposentos y que su asistencia a bailes y reuniones fuese restringida. Esto había provocado que sus salidas del palacio, además de ser pocas y muy vigiladas, se volviesen efectivamente pruebas para evaluar lo aprendido en las clases de etiqueta.

Por ello, a diferencia de sus pares, las oportunidades que tenía Lyn para dar una buena impresión ante los otros nobles y conseguirse un esposo estaban muy limitadas. Y por si esto fuese poco, era indispensable que frente a cada una de aquellas visitas ostentase lo mejor de sí para que algún muchacho se enamorase de ella, sin importar la fragilidad de su condición. Pues si el matrimonio tenía éxito, sus padres al fin podrían suspirar y desligarse de sus cuidados, contando con que su salud estaría mejor atendida bajo el cuidado de médicos de tierras distantes.

Por otro lado, había algo más que ellos no compartían con nadie: sus temores acerca de un futuro embarazo por parte de la niña. Era natural pensar que, si ya por sí sola tenía dificultades para estar sana, no podría soportar un trance semejante. Y en esos tiempos tener hijos era muy necesario: aseguraba la descendencia de cada dinastía y, por ende, su posición social y su poder. Lyn debía ser capaz al menos de dar a luz a un bebé, o de lo contrario la familia del esposo sería agraviada por la nación de Lyncriam.

A los padres de Lyn les importaban mucho estos problemas. Aunque consideraran a una estupidez dejar que una mujer de constitución débil hiciese peligrar su vida a propósito sólo para dejar un heredero, esas eran las reglas. Habían acordado que debían arriesgarlo todo con tal de que su hija pudiese dar a luz; lo que sucediese de ahí en adelante, se lo dejaban a Dios.

Ah, ¡pero no se piense que ellos eran esos padres desconsiderados y egoístas! Era sólo que, a diferencia del viejo rey de Lyncriam, ellos eran personas muy cuerdas y racionales. En ese sentido, su educación había sido todo un éxito. Una de sus principales enseñanzas había sido no dejarse llevar por el sentimentalismo, y procurar siempre el bien común de todos los habitantes de su pueblo.

Si lo pensaban fríamente, el dolor de perder a su hija sería inmenso, sí, pero al menos tendrían un nieto o nieta que compartiría su sangre, y también a un ahijado, el viudo en cuestión. Los dos reinos, Lyncriam y el reino susodicho, lamentarían amargamente el fallecimiento de la joven, y en consecuencia acogerían con mayor cariño al vástago. De esta forma, habría una alta posibilidad de que ese niño o niña se casase a su vez con un excelente partido y ampliara aún más el territorio a gobernar.

Pero si Lyn no lograba quedar embarazada —porque ellos advirtiesen la delicadez de su estado— los padres del enamorado príncipe se indignarían, y ello podría desencadenar un conflicto de proporciones. Si eso sucedía, sería la plebe la que más sufriría por el estado de guerra, con racionamientos, bajas en el ejército, pobreza y enfermedad… Y ellos eran unos nobles muy misericordiosos y sensatos. Si era posible, preferían sacrificar a su propia hija, que era sólo una vida, antes que la de cientos de plebeyos.

Lo peor —además de la muerte de su única hija, claro— sería que nadie se enteraría jamás de este sacrificio. Aun así, los padres de Lyn sabían que el mundo era desagradecido e injusto, y que bien pasarían ellos por ese calvario, con tal de asegurar la paz en su reino.

Lyn no podía imaginarse a sí misma casándose con alguien, ni mucho menos quedando embarazada. Estaba al tanto de que eso sucedía y tenía que suceder tarde o temprano en el mundo real (su mundo), pero no le prestaba atención. Había oído muchos comentarios de jóvenes como ella que habían pasado por esas experiencias, pero las palabras con las que las describían eran vacías. No tenían nada que ver con lo narrado en los relatos del abuelo. ¡Incluso las parejas ficticias tenían problemas a veces! Lyn no creía que todo pudiese ser tan perfecto como lo pintaban todos. ¿Cómo podía ser posible que la vida real fuese más irreal que la ficticia?

Como puede apreciarse, Lyn se estaba convirtiendo en una jovencita muy pensadora y crítica, y todo gracias a su condición observadora y el ánimo con el que había participado de las historias que le presentara su abuelo. Descubrió así que la vida de sus pares parecía acabar en cuanto se casaban y comenzaban a tener hijos, porque entonces las mujeres sólo hablaban de sus esposos y de los niños. ¡Pero ella no quería oír de esos temas! Quería oír hablar de todo aquello que sí le interesaba y que le estaba vedado: los paseos al aire libre por los bosques, las gracias de los gatitos que algunas tenían por mascota, o lo ricas que eran las manzanas de los huertos públicos.

Lyn comprendió que, de seguir así, terminaría casada y con hijos, como todas ellas… ¡Pero sin haber vivido verdaderamente! Podía ser que esas jóvenes no hubiesen oído jamás historias ficticias ni hubiesen gozado ni sufrido tanto con ellas, pero al menos sus existencias sí habían tenido algo de aventura. ¿O acaso no podía serlo el jugar a las escondidas o con un gatito o comer manzanas?

Lyn no había vivido más que a través de las historias del abuelo. Hablar de su vida marital sólo porque ya no tuviese otro tema la horrorizaba, pero sabía que había algo peor: pasar de una muerte a otra. Y ella, que había alcanzado a entrever otra existencia, no estaba dispuesta a permitírselo.

Un día como cualquier otro, el rey de Lyncriam murió. Como se sabe, la gente siempre se muere en un día común y corriente. Es decir, para los cercanos al difunto ese día es terrible, pero para el resto de la humanidad es un día como cualquier otro. Así que para el reino de Lyncriam este fue un suceso triste pero a la vez reconfortante, porque eso significaba que su muy cuerdo hijo —y su no menos sensata esposa— accederían al trono como reyes. Una sustitución que a todos parecía, por supuesto, muy provechosa.

Lyn sufrió la muerte de su abuelo como nadie. Sabía que sus días de soltera estaban contados, pues sus padres ahora tendrían el control de toda la situación y él ya no podría intervenir en su ayuda.

Efectivamente, no tardaron en llegar numerosos pretendientes al palacio. Ya fuese porque los hombres no pudiesen evitar conmoverse ante el sufrimiento de la frágil señorita, o porque la política nupcial de los nuevos reyes hubiese sido un éxito, las proposiciones de mano fueron viento en popa.

Lyn comenzó entonces a planear su fuga del palacio y del reino de Lyncriam, pero pronto sucumbió. El razonamiento de sus progenitores una vez más estaba en lo correcto: el hecho de no poder contar con el apoyo incondicional de su abuelo ni de su voz contándole historias la había deprimido.

¡Pobre Lyn! Justo en el momento que se decidía a tomar las riendas de su vida descubría que era demasiado inútil como para hacer algo. Terminó en cama, impotente y fracasada. Una vez que el tiempo serenó sus delirios de escape, se levantó con un semblante distinto. Lo primero que hizo al abandonar el lecho fue comunicarles a los reyes sus intenciones de casarse con el primer pretendiente que apareciese. Estos, como buenos padres, no se cuestionaron el cambio tan abrupto de su hija y aceptaron con jolgorio lo que ellos interpretaban como un signo de madurez.

El casamiento así no tardó en concertarse. Lyn lo aceptó todo, sin demostrar interés en conocer al que sería su esposo por el resto de su vida y el padre de sus futuros hijos. Sólo pidió, el día antes de realizarse la ceremonia, ingresar a solas al aposento de su abuelo, donde ambos se reunían antes. Sus padres intuyeron que la joven pretendía despedirse para siempre de su inocencia de antaño y no vieron perjuicio alguno en acceder a su petición.

Por una vez en la vida, habían interpretado correctamente los deseos de su hija. Lyn entró al cuarto de su abuelo y se echó a sollozar desconsoladamente. Una vez que hubo llorado todo lo que pudo, se dedicó a contemplar por última vez la pieza del pobre viejo rey, a la que nadie había entrado desde su muerte. Revisó entonces los papeles que se encontraban desperdigados por el escritorio. De pronto, halló un extraño rollo de papiro:

Al señor Alonso de Lyncriam, rey del reino de Lyncriam:

Conforme a la petición realizada, tenemos el agrado de comunicarle la aceptación de sus requerimientos. De este modo, usted queda oficialmente institucionalizado por el jefe del Gremio de Relatores como miembro de nuestra asociación, dedicada a la propagación selecta y cuidadosa de las historias de los reinos de Más Allá del Bosque. Su pertenencia a ésta es: 1) irrevocable; 2) vitalicia; 3) SECRETA.

Si el Gremio de Relatores se entera de que: 1) su estilo de vida se hace incompatible con el de Relator, y/o con el de ciudadano de los reinos Más Allá del Bosque; 2) fallece; ó 3) REVELA su condición de Relator o, peor aún, la existencia de los reinos de Más Allá del Bosque a algún habitante de los reinos de Más Acá del Bosque, SERÁ DESTITUIDO de inmediato de su cargo, enviando al encargado especial Ubu a seleccionar a su reemplazante, que necesariamente ha de ser aquella persona más influenciada por los relatos que haya hecho con anterioridad.

Respecto al reglamento completo de su rol de Relator, puede acudir a retirarlo el día X, a las 5:30 en punto (hora de los reinos de Más Acá del Bosque) con el encargado especial Ubu, quien lo estará esperando detrás de la estantería de su cuarto. Para establecer la conexión entre ambos reinos, deberá colocar su mano derecha en ella y pronunciar solemnemente 'Había una vez...'

Esta será la única vez en la que se le comunicará cómo acceder a nuestros reinos, por lo que no debe olvidarlo JAMÁS. Desde que retire su reglamento, deberá acudir cada cierto tiempo donde el encargado especial Ubu para actualizar su repertorio de relatos.

Le recordamos que éste sólo debe ser usado como referencia. Usted, como Relator, deberá hacer los cambios que estime pertinentes.

Sin otro particular, y deseándole la mejor de las suertes y felicitaciones como nuevo miembro de nuestro Gremio de Relatores, se despide atentamente

—Cornelio, Secretario del Gremio de Relatores. Año 4 del 4º siglo de los Tubunus"

Lyn esbozó la primera sonrisa desde que su abuelo muriera. ¡Pero qué adorable! ¡Y cuán imaginativo además! Lo creyó un juego más del anciano; quizá había escrito eso para mostrárselo a ella y así poder ufanarse de sus dotes de relator. Entonces vio que la estantería de libros aún estaba en su lugar. Se estremeció al pensar que eso pudiese ser real, como cuando creía que sus historias lo eran. Pero sabía que no podía ser así: su abuelo había muerto hace algún tiempo y ella era la única persona que había sido influenciada por los relatos…

¡Y bueno…! ¿No se suponía que se había ido a despedir de todas esas ilusiones? Lyn suspiró, y se dispuso a cerrar para siempre la puerta de su imaginación. Alargó su delgadísimo y pálido brazo hasta la estantería y con su vocecita dijo:

—Había una vez.

Y… ¡No pasó nada!

Lyn bajó la vista y se encaminó hacia la puerta.

Y… ¡la estantería se abrió lentamente, descubriendo el sendero de un bosque…!

La muchacha miró hacia atrás con esa cara que ponen las personas cuando se topan con un deseo que habían estado a punto de abandonar. Del claro salió una criatura pequeñita.

Nuestra protagonista se encontró diciendo algo por segunda vez en este cuento:

—… ¿Ubu?

—¡Encargado Especial Ubu! —le gritó la peluda criatura.

Lyn ahogó una carcajada.

—¡Sí, por supuesto! Encargado Especial Ubu… Lo había olvidado, disculpa. ¿De verdad conociste al rey de Lyncriam?

—¡El viejo Alonso! ¿¡Qué está haciendo ahora!? ¡Hace siglos que no accede a la puerta! ¿¡Y por qué estás tú aquí!? ¿¡No será que te reveló el secreto!?

—Es que… murió.

—¡Muerto, Alonso! —la criatura expresó desconcierto— ¡Pero cómo! ¡Si no avisó!

—Pero… la gente no avisa cuando se muere. Sólo se muere, y ya.

—Bah, yo conozco a la gente de este lado. Se enferma o lastima y luego se va muriendo lentamente. Siempre es así. Por eso determinamos en las reglas que el que se sabe moribundo avise para que podamos ir a registrar a su sucesor.

—Pero es que sufrió un ataque al corazón. Estaba bien el día anterior…

—Eso lo explica todo. ¡Por el capricho de morirse nos tiene a todos patas arriba! ¡A mí me tuvo meses detrás de su estantería! ¡Bah! ¿Y ahora cómo voy a solucionar esto…?

—Um… ¿Puedo ayudar en algo?

—Pues sí, ya que has sido lo suficientemente entrometida como para estar hablando conmigo, me puedes ayudar a buscar a la sucesora del viejo. Se llama Lyn.

—¡Yo soy Lyn! ¡Alonso de Lyncriam era mi abuelo!

—¿Ah, sí? —la criatura frunció el seño—. ¿Cómo se llamaba la doncella guerrera que liberó los reinos de Avinant de la plaga de bestias malignas? ¿Eh?

—¡Lodina! El abuelo me contó que esas bestias eran unicornios negros que violaban a las jóvenes con sus cuernos y que ella los había matado agarrándolos a golpes con su cinturón de castidad.

—¡Este viejo loco…! ¡Qué ocurrencias! Pero es cierto: existe un registro mágico que apunta todas las variantes a las que los Relatores someten los cuentos originales, y lo que dices coincide con la entrada que se anotó el día X al atardecer. Tú eres Lyn, la sucesora del Relator Alonso de Lyncriam.

Entonces el Encargado Especial Ubu, que era tan gruñón como buena gente, la guió solemnemente por el sendero. Lyn caminó por él descalza, sintiendo el tacto de briznas y guijarros en sus minúsculos pies. Su cabeza volteó a todos lados para no poder detalle del bosque, como si pretendiese que sus sentidos fijasen lo que no habían percibido en todos sus años de vida. Mientras, el «había una vez…» rielaba en su imaginación.

Podríamos decir que este es el final de la historia, al menos el de la de Lyn en tanto princesa de Lyncriam, pues en realidad ese momento se convirtió en el inicio de su historia como Relatora de los cuentos de los reinos de Más Allá del Bosque.

A nuestra protagonista le llevó largos años perfeccionarse en tal arte desde su regreso a los reinos de

Más Acá del Bosque. A través de sus palabras tomaron forma cientos de historias, hasta que comprendió que la de su propia vida las contenía a todas… o a la inversa: que cada vez que contaba un relato, modificando su curso según su pulsión creadora o la intervención de su público, estaba en el fondo refiriendo sus vivencias personales, porque cada vuelco que experimentaban sus historias nacían de visiones, episodios y contactos reales, todos diluidos en la voz que moldeaba la ficción de turno.

Entonces comprendió que todos aquellos que conocieran su historia, la de esa jovencita que ahora hemos llamado Lyn y que siempre se llama de otra forma y que vive encuentros distintos con la fantasía según cada relato, serían sus legítimos sucesores. Y que determinar qué se haría con semejante legado estaría en ellos. Vale decir… en ustedes.